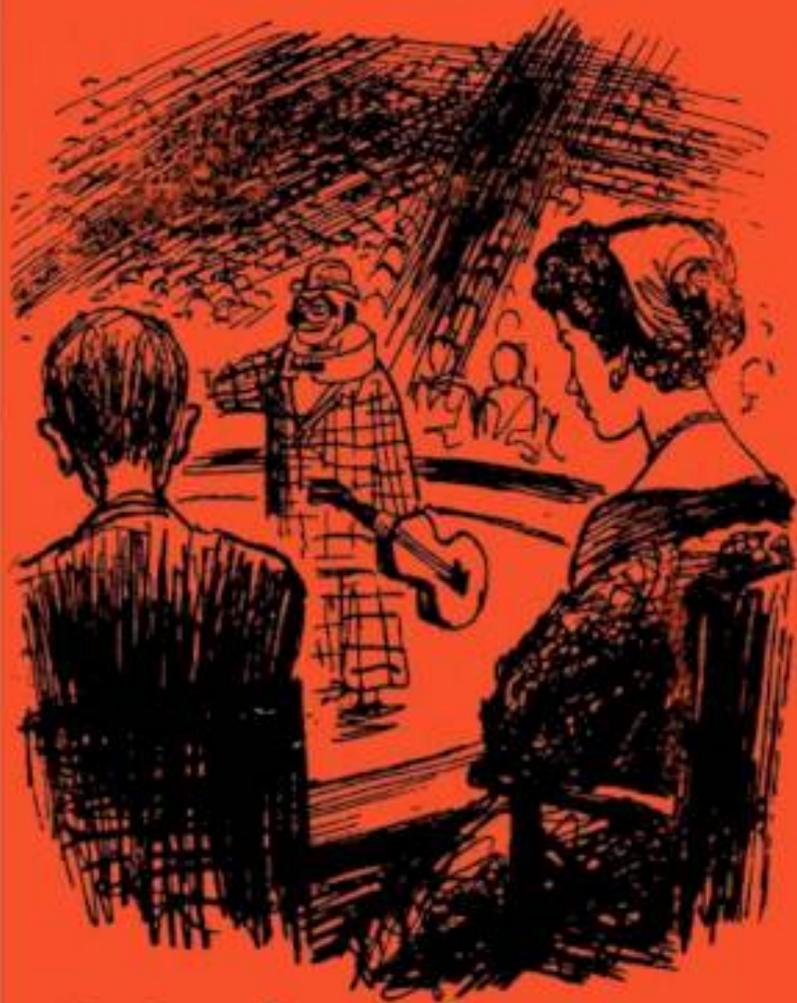


La NOVELA



del SABADO

JOSÉ MARÍA PEMÁN



*El fantasma
y doña Juanita*

N. 94

El Circo Novedades llega para las ferias de Villaclara.

Tonny, un muchacho del circo, va a visitar la ermita de la virgen de la Colina y, durante la visita, Laureano le cuenta leyendas relacionadas con la ermita.

A esta visita siguen los paseos de Tonny por la Alameda del pueblo con la intención oculta de ver a Juanita, la hija de Laureano.

EDICIONES CID

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

COLECCION LITERARIA:

La gran borrachera.—Manuel Halcón.—30 ptas.

Estampas y sainetes.—A. Calderón y E. Vázquez.
30 pesetas.

Lo que se habla por ahí.—A. Díaz Cañabate. 40 pts.

La hija de Jano.—José A. Giménez Arnáu. 40 ptas.

COLECCION «NOTICIA DE LO ETERNO»:

La Misa del día entero.—P. Federico Sopena. Tela,
50 pesetas.

Seis lecciones sobre la castidad.—P. Federico Sopena.
20 ptas.

El amor y el matrimonio.—P. César Vaca. 25 ptas.

Mensaje de espiritualidad. I.—Ingreso en escuelas
especiales.—P. Federico Sopena. 5 ptas.

COLECCION INFANTIL:

Pañolín Rompenubes.—Marcial Suárez. 35 ptas.

La hermana de Antoñita la Fantástica.—Borita
Casas. 30 ptas.

Nuevas aventuras de Pañolín Rompenubes.—Mar-
cial Suárez. 35 ptas.

SERIALES RADIOFONICOS:

Se abren las nubes.—G. Sautier Casaseca y Luisa
Alberca. Tela, 30 ptas.

La sangre es roja.—G. Sautier Casaseca y Luisa
Alberca. Diez fascículos, a 5 ptas. cada uno.

Sin derecho a vivir.—A. M. Guiú y Joaquín Díaz.
Cinco fascículos, a 5 ptas. cada uno.

Un arrabal junto al Cielo.—G. Sautier Casaseca y
Luisa Alberca. Diez fascículos, a 5 pesetas cada
uno. En tela, 50 ptas.

La casa del odio.—G. Sautier Casaseca y Luisa Al-
berca. Cinco fascículos, a 5 ptas. cada uno. En
tela, 30 ptas.

El torero.—J. M. de Bedoya. Diez fascículos, a 5
pesetas cada uno. En rústica, 50 ptas.

... Y doblaron las campanas.—G. Sautier Casaseca
y Luisa Alberca.—3,50 ptas. cada fascículo.

Pedidos, a «EDICIONES CID».—Desengaño, 9.

Teléfonos 320605 y 320606.—MADRID



**LAS AGENCIAS DE VIAJES
WAGONS LITS // COOK**

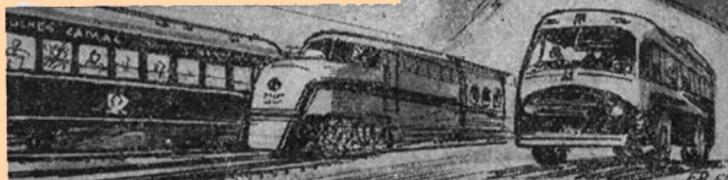
**OFRECEN A USTED LA POSI-
BILIDAD DE VISITAR**

PARIS

EN AUTOPULLMAN. — Once días de viaje. Salidas de Madrid los sábados. Visitando: Burgos, San Sebastián, Bordeaux, Angoulême, Tours, París (cinco días), Orleans, Vierzon, Limoges, Agen, Lourdes, Zaragoza y Alhama. **3.000 ptas. persona, todo incluido**

EN TALGO Y COCHE CAMA. Salidas de Madrid, los sábados. Regreso, los viernes siguientes.—Cinco días en París. Hotel Palais d'Orsay (*habitación con baño*). **5.000 ptas. persona, todo incluido**

EN AVION AIR FRANCE (EN POOL CON IBERIA).—Salidas de Madrid, todos los domingos y regreso los viernes. Cinco días en París. Hotel Palais d'Orsay (*habitación con baño*). **5.000 ptas. persona, todo incluido.**



Para informes e inscripciones, en Madrid:

ALCALA 23, y CALVO SOTELO 14. O en cualquiera de nuestras Agencias.

INMEDIATA APARICION

*Salve la tierra
ardiente*

de

ENRIQUE NACHER

*Novela galardonada con el
Premio ONDAS 1954*

Distribuida por EDICIONES CID

Desengaño, 9 - Madrid - Teléfs. 320605-320606

Este libro debiera empezar con un fuerte redoble de tambor y dos o tres golpes estridentes de platillo. Luego, yo diría: Señores, señores; vengan, vengan todos; acérquense, que les voy a contar el romance trágico y misterioso del fantasma y doña Juanita.

Porque eso es este libro: un romance; lo que queda a modo de estela o de eco uno de esos pueblecitos andaluces quietos y callados, cuando, por rara casualidad, pasa sobre ellos, conmoviéndolos, el soplo de un caso extraordinario y misterioso.

Primero son los comentarios en los corrillos y en las tertulias de las reboticas; los cuchicheos de las beatas en los rincones de las iglesias; las murmuraciones de sacristías y de casinos; las opiniones pausadas en la barbería, a ritmo con el solemne rasgueo de las navajas. Luego, cuando el pueblo se apodera del suceso y lo hace suyo, nace el romance.

Entonces es cuando, desapareciendo toda intervención apasionada o personal del narrador, el caso llega a toda su limpia y clásica objetividad y queda impersonal y sereno, como si en vez de narrarse, se mostrara simplemente al público en su tabladillo de muñecos o en un cartelón de estampas.

Desde los romances viejos, los abuelos venerables, hasta nuestros romanzones de ciegos, todos ellos, más que narrar, parece que señalan con un puntero. Así dice el viejo romance:

Llegado se han los jinetes
a Monzón, esa ciudad

No cabe duda que esa ciudad de Monzón está delante del narrador, el cual no la crea ni la describe, sino la señala simplemente, como si la tuviera delante de sí, en su tablador, muy lindamente representada por unos muros de cartón, sobre unos riscos de corcho y de musgo. Y lo mismo cuando empieza otro romance:

Helo, helo, por do viene
el infante vengador...

No narra, no describe. Es el mismo infante vengador que aparece y llega con sus rítmicas zancadas de muñeco automático.

Y así, hasta hoy. Todavía, hace poco, contando un trágico suceso conyugal decía el romance en un pueblo andaluz:

Allí se encontró Juan Lara
con doña Gregoria Ríos,
esa de los pechos altos
y del andar menudillo.

Doña Gregoria Ríos, con su mantilla, su gran abanico y sus polvos de arroz, está delante de nosotros, llevando triunfalmente sobre sus pies diminutos sus amplias formas clásicas...

Así, de un modo objetivo, con esta falta de aliño y compostura, quisiera yo presentaros estos muñecos del caso del fantasma de Villaclara que dejó en ella la estela de un romance. Eso es todo...

Como cuanto yo hubiera de poner mío había de ser malo y pobre, he ideado esta manera de romance para que los sucesos se muestren por sí mismos. Yo no hago más que tirar de los hilos a las figuras, señalar el cartelón con mi

puntero y poner al margen leve comentarios explicativos. Mi prosa ha de ser mínima, tenue y deshilvanada. No hago literatura: explico y señalo simplemente, hasta con cierta cadencia machacona de salmodia.

Redoblo, pues, mi tambor; doy dos o tres golpes de platillo, y empiezo...

I

EL CIRCO NOVEDADES

¿No habéis visto qué triste mueca es la que hace un rostro que se esfuerza en sonreír al través de las lágrimas? Pues esa misma sensación de contraste es la que producen los preparativos de la feria instalados en la Alameda de Villaclara, en este día lluvioso y triste. Las bocanadas de aire frío estremecen las guirnaldas de papel que cuelgan de berlinga a berlinga. Los gallardetes de percalina, liados en lo alto de sus mástiles, escurren agua de mil colores. Las puertas de las barracas y teatrillos se abren, como bocas pedigüeñas, reflejándose inútilmente en los charcos del paseo solitario. Nada más triste que toda esta alegría forzada vista al través de las lágrimas de la lluvia.

En un rincón de la Alameda está instalado el «Circo Novedades», de monsieur Brochard. Es de forma circular, bastante capaz, y construido con lonas y maderas. En la puerta tiene un órgano, sobre el que se mueven tres muñecos automáticos: dos bailarinas que dan vueltas sobre un eje y un señor de casaca verde y pantalón amarillo, que lleva el compás con una batuta. El órgano toca, cuando llega el momento, la sinfonía de «El barbero de Sevilla» y los bailarines de «La Gioconda». Por el frontis de la puerta corre un letrero luminoso con el nombre del circo. Y en lo más alto, en el vértice del triángulo que forma el frontis, aparecen, recortados en cartón, varios emblemas ligeramente eruditos: un tirso, un caduceo, una careta y una cabeza de fauno, barbado y cornudo.

No deben verse nunca los teatros entre bastidores, ni los circos en sus dependencias internas. Hago esta recomendación a los que quieran conservar algún resto de ilusión en los circos y en los teatros. La misma recomendación hago a los que quieran conservar alguna ilusión en la vida. Olisquear las interioridades es, en todo, peligroso.

Poco antes de comenzar la primera función en la feria de Villaclara, monsieur Brochard, en el interior de su «Circo Novedades», calcula, mide, prepara y dosifica el futuro regocijo del público, que ha de presenciar su espectáculo. Este monsieur Brochard, acostumbrado a especular desde hace veinte años con la alegría pública —que es la «materia prima» de su negocio—, hace sobre ella sus cálculos y sus manejos, con la frialdad con que el mercader los hace sobre su mercancía. Su larga experiencia le ha hecho un agudo psicólogo de muchedumbres: prevé, con una regularidad matemática, los caprichos y exigencias de la hilaridad popular y conoce perfectamente las pasioncillas, las debilidades, las pequeñeces que conviene halagar en los públicos. En cuanto llega a un pueblo nuevo, procura indagar maliciosamente las cuestiones o pleitos pendientes que apasionan al vecindario. Todo pueblo tiene algún problema que le apasiona: en uno será la escasez de agua; en otro será la construcción de una nueva plaza de toros. Hecho el hallazgo, monsieur Brochard enciende su pipa y se dedica un rato a meditar el «chiste» que ha de decir el «clown» a propósito de la plaza de toros sin hacer o del agua escasa.

Cuando tiene elaborado su chiste llama al «clown» y se lo comunica con una seriedad absoluta. El «clown» lo escucha y lo aprende con igual seriedad. Nadie pudiera imaginar que, después, aquellas palabras, elaboradas tan fríamente, han de despertar el regocijo eternamente infantil del público.

También sabe tocar admirablemente el resorte patriótico y regional que nunca falta en el alma de la muchedumbre. El excéntrico que toca el acordeón con los pies ha de

saber un largo repertorio de aires populares: la jota, la muñeira, las sevillanas. En cada región, el último número del excéntrico ha de ser el aire tradicional y viejo. Al tocarlo, el excéntrico saca de uno de los profundos bolsillos de su levitón una banderita española y la agita en el aire, y el público aplaude indefectiblemente. De este modo, monsieur Brochard hace que el pueblo aplauda a la patria al través de la región, siguiendo, sin saberlo, la fórmula de Capmany.

Sin embargo, hay cosas que escapan a la agudeza experimentada del viejo especulador de la alegría. Nunca ha podido comprender, por ejemplo, por qué agrada tanto a todos los públicos eso de ver a un hombre descoyuntado que se toca la frente con el pie derecho. Sin embargo, esto satisface invariablemente a todas las muchedumbres. Y monsieur Brochard, dócil ante las exigencias de la realidad y convencido de la limitación de la razón humana, prescinde de averiguar los motivos misteriosos del hecho, y se limita a llevar eternamente en su compañía un hombre que se toque la frente con el pie derecho. Monsieur Brochard es un psicólogo; pero la incongruencia de la muchedumbre es superior a toda psicología.

Como pronto va a empezar la función, monsieur Brochard está sentado en un sillón inspeccionando los preparativos y bebiendo un vaso de cerveza, según su costumbre. Está ya vestido con su calzón corto de tela negra y su frac color pulga, con botones dorados. Tiene los ojos azules, el bigote blanco y la cara saludable.

Acaba de entrar Tonny, el payaso. Tonny se llama Ramón Expósito. Lleva un sombrero flexible encasquetado y un abrigo largo, de color té con leche, por debajo del cual aparecen sus pantalones arrugados sobre las botas. Su rostro es pálido y tristón, y su figura ruin e insignificante. Arrollada al brazo lleva la cadenita de su inseparable «Baby», el perro de aguas que hace, con Tonny, una preciosa pantomima. La pantomima consiste en que el perro quiere comerse

un bizcocho, y Tonny no quiere. Claro está que, al fin, el perro se lo come, pues monsieur Brochard tiene advertido que este es el modo de contentar a los públicos, que siempre se ponen del lado del perro.

Tonny ha saludado tímidamente al director. Se ve, en su ademán encogido y dócil, que es corto de carácter y principiante en su oficio. Después de saludar ha insinuado:

—Señor director: como me dijo usted que el truco del paraguas y el sombrero empezaba a estar muy visto, he pensado en algo nuevo para la salida.

Monsieur Brochard ha bebido un buche de cerveza y se ha dispuesto a escuchar.

—A ver, muchacho; veamos eso.

Y Tonny:

—Puedo salir fingiéndome sordo...

En seguida ha mirado a monsieur Brochard para indagar su impresión, desconfiando, como todos los tímidos de su propia idea. Pero monsieur Brochard no tiene aún suficientes elementos de juicio y aguarda, acariciando con pausa su vaso de cerveza.

—Puedo fingirme sordo. Y esto me dará ocasión para enredar todo lo que Eladio, el botones, me diga, como si le oyera a medias. Así, al salir, Eladio puede decirme: «Buenos días». Y yo puedo contestarle: «No me llamo Matías»...

Tonny se ha puesto colorado hasta los ojos. Ha mirado con inquietud a monsieur Brochard. Este continúa acariciando el vaso de cerveza. Tonny ha proseguido con voz velada:

—Luego, puede seguir Eladio: «¿Cómo está usted?». Y yo: «¿Que si quiero un bistec?»...

Monsieur Brochard ha sonreído con tolerancia:

—Bueno, muchacho; no es gran cosa, pero no está del todo mal. Todo eso es absurdo, pero el público es más absurdo todavía. Yo adiestraré a Eladio. De todos modos, hoy habrá poca entrada. Lo principal es que vayas desechando esa timidez, y llegarás a hacer algo. Para actuar en público

lo principal es sentirse superior a la muchedumbre. Y esto no es difícil, porque los hombres degeneran en todos sentidos al agruparse. Vete a vestir.

Y bebió un buche de cerveza. Como veis, monsieur Brochard es sumamente fácil de contentar, porque tiene muy baja opinión del alma de las muchedumbres. Al irse, ha comentado con Eladio, el botones, que está a su lado:

—Este pobre Tonny no tiene confianza en su truco. No se ha dado todavía cuenta de lo poco que son capaces de razonar unas cuentas personas agolpadas. A menudo, mientras más absurdo es el truco, más agrada al pueblo. Porque no podemos juzgar el espíritu de la, muchedumbre al través de nuestro espíritu. Muchos directores de circo fracasan por esta falta de punto de perspectiva. Es como los autores para niños o los fabricantes de juguetes, que a menudo calculan las ideas de los niños al través de las propias ideas. También suele ocurrir esto a los organizadores de festejos populares. Son unos pésimos psicólogos. Tienen una noción completamente errada del alma popular. ¿No has visto la feria? Gallardetes, guirnaldas. Todos los municipios del mundo, cuando quieren divertir a sus ciudadanos, cuelgan guirnaldas y clavan gallardetes. Pero es triste pensar que no ha habido el más mínimo placer al ver un gallardete o una guirnalda. ¿Quiere usted cerveza, amigo Eladio?

Y luego continuó:

—La cuestión, para saber manejar los regocijos populares, es saber empequeñecerse hasta nivelarse con la muchedumbre. La experiencia de mi vida me ha hecho llegar a tristes conclusiones sobre los públicos. Cuando fui «clown», hacía el truco del plato, que todavía se hace hoy. Se tira un plato contra el público; el público se asusta; pero el plato, que está cogido por un elástico, vuelve a la mano del «clown». Recuerdo que en Burdeos, en un circo, me dediqué a tirar el plato todas las noches a las mismas sillas, en las que se sentaba invariablemente un matrimonio: una señora gorda y un señor con bigote blanco. Todas las noches, con

igual asombro, al ver venir el plato, el señor se echaba hacia atrás, y la señora daba un grito corto y agudo, y se tapaba la cara con un abanico. Insistí en la experiencia todas las noches. Dimos treinta funciones. La noche de la despedida, al tirar el plato, el señor se echó hacia atrás y la señora dió un grito y se tapó la cara con un abanico. Comprenderá usted que después de eso no tenga una exagerada idea del entendimiento humano. Créalo, amigo Eladio, la tontería es la que gana al público. Gresset dijo: «Les sots sont ici-bas pour nos menus plaisirs».

Dicho esto, monsieur Brochard se ha levantado con los labios todavía blancos de espuma de cerveza, y con una graciosa reverencia ha saludado a mademoiselle Rose, la célebre caballista, a decir del cartel anunciador, que sale de su cuarto.

Viste un traje absurdo, verde rabioso, bordado de lentejuelas, con los brazos desnudos y la falda por la rodilla. Es rubia y graciosa de cara. Viene restregándose los labios con pasta de color. Mademoiselle Rose se anuncia como procedente de París. Se llama Paquita Ruiz, y es de Játiba, provincia de Valencia.

Mademoiselle Rose es una enamorada de su profesión y comunica con fervor a monsieur Brochard sus planes para aquella noche:

—Presento a «Lucero» esta noche, ¿no le parece? Haré algo de paso nadado, la cadencia y el vals. Luego, la lección a la alta escuela, y al fin, el doble salto, con palmada, grito y parada de la orquesta. ¿Está bien?

Monsieur Brochard escucha distraído, y contesta con frases sueltas: «Oh très bien, très bien!... Parfaitement, ma petite!... Oh, superbe, ma mignonne!».

Se ve que pronuncia estas frases con indiferencia y que no da importancia a las palabras de la caballista. En cambio, mientras contesta, distraídamente, con la punta de los dedos, como un fauno que tocara una flor, se preocupa

mucho de arreglar con esmero el escote del traje verde sobre los hombros del mademoiselle Rose.

Y es que monsieur Brochard —siempre agudo y conocedor del público— sabe que mademoiselle Rose no es más que una mediana caballista; pero tiene, en cambio, un admirable cuello de alabastro.

Mientras tanto, Tonny, que ha subido a su cuarto, ha sacado de un maletín su traje de seda, amarillo chillón, lleno de bordados absurdos. Como la seda está pasada, se deshilacha y se rompe por todas partes, y para aprovechar el traje, cada roto se tapa bordando encima una figura que, hasta ahora, no se sabe por qué, van siendo del sistema planetario. Tiene bordado ya el sol, la luna y varios luceros y cometas. Pero como los rotos van siendo muchos, ha habido que empezar con los signos del Zodíaco.

Tonny, en mangas de camisa, se ha sentado delante del palanganero, donde tiene alineados una serie de cacharritos con pinturas, carmín y blanquete. En el espejo, lleno de manchas y falto de azogue, se ha reflejado su cara, marchita de cansancio. Ha pensado en su vida, en su triste vida vulgar; en su orfandad, en su abandono, en su miseria, que le obligó a asirse a este triste arte de la forzada alegría. ¿Sabrá persistir en ella? ¿Logrará salir a flote y encauzar el día de mañana su vida de un modo más digno y sólido? ¡Pobre Tonny! ¡Qué menuda tragedia la de su vida insignificante! ¡Y a esto llamamos una vida vulgar! ¡Como si pudiera nunca ser vulgar la vida de un hombre!

Tonny, en mangas de camisa, delante del espejo sin azogue, piensa todas estas cosas. Al fin y metiendo la punta de sus dedos en la cajita del blanquete, empieza a extenderlo con lentitud sobre la frente, cargada de tristes meditaciones.

Luego, cuando ya ha tenido la cara blanca como la luna, con el lápiz de carmín ha alargado en dos trazos curvos la